CUADERNOS SALMANTINOS DE FILOSOFÍA
Vol. 47, 2020, 381-401, ISSN: 0210-4857

TRABAJO, DON, CULTURA Y ECONOMÍA: HACIA UN NUEVO ENFOQUE DEL PROBLEMA ECONÓMICO

WORK, GIFT, CULTURE AND ECONOMICS: TOWARDS A NEW APPROACH TO THE ECONOMIC PROBLEM

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega
Doctor en Física Teórica
Profesor emérito
Departamento de Economía
Universidad de Navarra
Pamplona/España
mamechevarria@gmail.com

Germán Scalzo Molina
Doctor en Gobierno y Cultura de las Organizaciones
Profesor titular
Departamento de Ética Profesional
Universidad Panamericana
Ciudad de México/México
gscalzo@up.edu.mx

Recibido: 30/05/2020
Revisado: 22/08/2020
Aceptado: 21/09/2020

Resumen: La reciente recuperación del concepto de don ha puesto de manifiesto la importancia del aspecto cultural en la vida de los hombres, lo que está contribuyendo a la configuración de un enfoque económico sustentado en una antropología más robusta y realista, que no gira en torno al individuo sino a la sociabilidad humana, sustentada en la familia. La transformación de la naturaleza que tiene lugar en las culturas no sería posible sin la capacidad del hombre de descubrir las posibilidades que están ocultas dentro de ella, y que hace patente con la aportación de su trabajo, mediante el cual pone en acto lo más valioso de su acto de ser: su libertad, su capacidad de conocer y amar. Desde una antropología de la economía, este trabajo pretende aportar a la reflexión sobre los fundamentos y el sentido de la actividad económica.

Palabras clave: cultura, don, economía, familia, trabajo.

Abstract: The recent recovery of the notion of gift has highlighted the importance of human life's cultural dimension, contributing to the configuration of an economical approach

Universidad Pontificia de Salamanca

based on a more robust and realistic anthropology that revolves around human sociability, sustained in the family, rather than the individual. The transformation of nature that takes place would not be possible without man's ability to discover the possibilities that are hidden within nature itself, and that man makes clear through the contribution of his work with which he activates the most valuable elements of his act of being, namely his freedom, his ability to know and love. From an anthropological approach to economics, this work contributes to the reflection on the foundations and meaining of the economic activity.

Keywords: culture, economy, family, gift, work.

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, la reflexión en torno al don ha resurgido en las ciencias sociales, y de modo particular en el ámbito de la economía y la empresa[1]. La rehabilitación de este concepto que ocupó un lugar central en el mundo antiguo[2] se debe, en gran parte, al trabajo de Mauss, quien, a principios del siglo XX, vaticinó en *Ensayos sobre el don* que "los temas del don, de la libertad y de la obligación en el don, el de la liberalidad y el del interés que se tiene en dar, están regresando entre nosotros, como reaparece un motivo dominante por mucho tiempo olvidado" [3]. Este interés –compartido por varias tradiciones de pensamiento, entre las que destaca la tradición francesa[4]– se intensificó cuando Benedicto XVI ubicó al don en el centro de su encíclica social Caritas in Veritate[5], al afirmar que "la caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don" (34)

1 SCHLAG, Martin & MELÉ Domènec (eds.), *A Catholic Spirituality for Business: The Logic of Gift,* Washington D.C.: Catholic University of America Press, 2019; BAVIERA PUIG, English, William & Guillén Parra, Manuel "The 'Logic of gift' inspiring behavior in organizations beyond the limits of duty and exchange", *Business Ethics Quarterly*, 26 (2): 159-180, 2016; MARTÍNEZ ECHEVARRÍA, Miguel Alfonso, "Don y desarrollo, bases de la economía", *Scripta Theologica*, vol. 42, pp. 121 a 138, 2010.

2 HITTINGER, Russel, "Social pluralism and Subsidiarity in Catholic Social Doctrine", en *Annales theologici* 16: 385-408, 2002.

3 MAUSS, Marcel, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Ed. Katz, 2009, p. 234.

4 Para una introducción, ver: CAILLÉ, Alain, *Anthropologie du don. Le tiers paradigme*, Paris: Desclée de Brouwer, 2000; GODBOUT, Jacques, *Le don, le dette, l 'identité: Homo donatorversus homo economicus*, París: La Découverte, 2000; GODELIER, Maurice, *El enigma del don*, Barcelona: Paidós, 1998; HÉNAFF, Marcel, *The Price of Truth: Gift, Money and Philosophy,* Stanford: Stanford University Press, 2010; SCALZO, Germán, "A genealogy of the Gift", en Jacob Dahl Rendtorff (Ed.) *Ethical Economy*, Vol. 51: *Perspectives on Philosophy of Management and Business Ethics*, Springer Nature, pp. 31-45, 2016.

5 Ver RUBIO DE URQUÍA, Rafael y Pérez-Soba, Juan José, (eds.), *La doctrina social de la Iglesia. Estudios a la luz de la encíclica Caritas in veritate*, AEDOS. Madrid: Biblioteca de Autores cristianos, 2014.

Universidad Pontificia de Salamanca

y que "tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco" (39).

El estudio que realiza Mauss de los pueblos que hasta entonces habían permanecido casi aislados puso de manifiesto que, en realidad, éstos serían inviables si no fuera por la interacción de los individuos, por el desarrollo de complejas relaciones familiares y sociales, que comprendían incluso a las sucesivas generaciones. Tras casi dos siglos de predominio de la antropología individualista que inspiró el espíritu de la Ilustración, una mayor atención a la dimensión cultural del hombre ha llevado al desarrollo de una nueva antropología –todavía en configuración– que está haciendo posible un enfoque más complejo y profundo de la acción humana. Se ha empezado a tomar conciencia que el hombre es un ser esencialmente cultural, que su conducta depende de una dinámica compleja, en la que, con el sucederse de generaciones, se van configurando unos modos de creer, pensar y actuar, sin los que no le sería posible tener conciencia de la propia identidad.

Cada una de las culturas viene a ser como un modo de vida objetivado, en cuyo seno se desarrolla la vida de cada hombre concreto, que es al mismo tiempo la fuente última desde donde brota toda cultura. Sin el apoyo de una cultura la vida de cada persona quedaría frustrada, no podría ser realizada. Se puede decir que, a través de la cultura, el desarrollo de cada persona –su crecimiento, sus posibilidades de perfección– queda ligado al de todas las demás. Pero no solamente esto, sino que, a través de la dimensión objetiva de las culturas, también la naturaleza puede participar en las posibilidades de crecimiento de la humanidad.

La existencia de los hombres se desenvuelve en relaciones concretas e irrepetibles –"aquí y ahora"– tanto por el lado de las personas como por el lado de las circunstancias[6]. Cuando se habla de que el hombre tiene su mundo, hay que bajar al terreno de lo concreto: cada uno tiene el suyo propio e irrepetible. El espíritu objetivo de cada cultura es siempre mediación, sin olvidar que para cada persona la mediación tiene una forma singular y concreta. En otras palabras, conviene huir de la tendencia racionalista a sustantivizar conceptos como sociedad, naturaleza o mercado, como ideas abstractas. Así, a la hora de hablar de estos conceptos, el término apropiado no es sistema como totalidad, sino como proceso, dando entrada a lo temporal y lo histórico. Si la hominización y la culturización se entienden como proceso, hay que preguntarse entonces por su sentido y finalidad[7].

6 MACINTYRE, Alasdair, *Ética en los conflictos de la modernidad*, Madrid: Rialp, 2017.

7 En última instancia, estos procesos son preparación para la aparición del primer hombre y sobre todo para la encarnación de Dios –hombre perfecto– que hace posible el deseo natural de todos los hombres a la perfección y unidad, la realización del cuerpo místico de Cristo. Conviene destacar que la raíz de toda cultura –como reconocen la mayoría de los antropólogos– es el fenómeno religioso,

Universidad Pontificia de Salamanca

1. TRABAJO Y CULTURA

A diferencia de los animales, el hombre no vive inserto en la naturaleza, sino en una cultura, un medio donde la naturaleza es humanizada, toma un carácter esencialmente simbólico, que es el único "hábitat" donde puede desenvolverse la vida humana. La cultura, o, mejor dicho, las culturas constituyen la resultante de la interacción histórica, mediante el trabajo, de un determinado grupo humano sobre un determinado espacio de la naturaleza[8].

El hombre es un ser concreto, que vive aquí y ahora, nace, crece y muere en el seno de un grupo humano –la familia– que tiene su propia historia, y del que recibe una herencia cultural y otra biológica. Eso explica que existan muchas culturas, cada una con su propia y singular historia, pero más tarde o más temprano acaban por relacionarse, por lo que hay una tendencia a una cierta unificación de todas ellas, en lo que se refiere a su aspecto objetivo. Se puede decir que las culturas no son realidades estáticas –cerradas sobre sí mismas– sino que cuanto mejor es una cultura, mayor es su capacidad de cambiar y enriquecerse al entrar en contacto con otras culturas. En otras palabras, las culturas no se enquistan en sí mismas, sino que hay en ellas una dinámica de crecimiento, una capacidad de dar y recibir.

La transformación de la naturaleza que tiene lugar en las culturas no sería posible si el cuerpo humano no hubiese sido dotado de una especial morfología que le hace capaz de mediar entre el espíritu y la naturaleza. Esto de algún modo se hace patente si se presta atención a la estructura de la mano del hombre, instrumento de los instrumentos, y símbolo tanto del poder como de esa mediación. Por otro lado, tampoco las culturas serían posibles sin la apertura o indefinición de la naturaleza frente al trabajo humano. Todo esto pone de relieve que el espíritu humano no es creador, sino "descubridor". Más aún, con ocasión de descubrir lo que está oculto en la naturaleza[9] descubre también la hondura del orden inscrito en su propio espíritu, es decir, su capacidad de avanzar en el conocimiento de la verdad inmutable.

---

en el modo en que el hombre percibe y entiende a Dios y el sentido de lo sagrado. Véase PIEPER, Josef, *Sobre los mitos platónicos*, Barcelona: Herder, 1984; RIEFF, Philip, *Charisma. The Gift of Grace and How it has Been Taken Away from Us*, New York: Pantheon Books, 2007; STEINER, Franz, *Taboo*, London: Cohen and West, 1956.

8 Cfr. MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, Miguel Alfonso, *Repensar el trabajo*. Madrid: EIUNSA, 2005.

9 Por ejemplo, lo que llamamos ondas electromagnéticas, que han hecho posible la radio y la telefonía, no son creación del hombre, sino un descubrimiento de algo que siempre ha estado presente en la naturaleza.

Universidad Pontificia de Salamanca

Cuando por medio de su trabajo el hombre asume la naturaleza en la cultura, está última, desde un comportamiento inerme y aparentemente determinista, pasa a manifestar un número casi inagotable de posibilidades que estaban "como ocultas" dentro de ella. Puede decirse entonces, que el hombre con su trabajo hace patente la perfección y riqueza que se esconde en la naturaleza. Pero todavía más importante, mediante el trabajo, continuada interrelación cultural e histórica entre todos los hombres de todos los tiempos, se descubre a sí mismo, pone en acto lo más valioso de su acto de ser, su libertad, su capacidad de conocer y amar, algo que le sitúa muy por encima de la naturaleza, como verdadero señor de esta última. La humanidad necesita para alcanzar su perfección impulsar a la naturaleza hacia la suya propia.

El desarrollo de las técnicas depende de la libertad humana –de la inteligencia y de la voluntad– pero también de factores aleatorios. Bajo la apariencia repetitiva de los procesos naturales se oculta una plétora de posibilidades que solo bajo la acción del hombre, se convierte en innovación, un futuro, o nuevo camino que solo puede ser establecido por la libertad del hombre al contemplar esos procesos de la naturaleza. El hombre no crea de la nada, sino que sus instrumentos y novedades técnicas surgen de la confluencia de la razón humana con la sabiduría que se oculta en los procesos naturales.

Los hombres no podrían avanzar en ese camino si no estuvieran abiertos los unos a los otros, si no fueran personas, espíritus que se requieren mutuamente y que realizan esa unión a través de sus cuerpos y de las cosas. Esto puede verse claramente en la familia, origen de la vida y de la cultura. Para ello, no obstante, es preciso una economía, un continuo trabajo por mantener la casa, lograr el sustento, construir instrumentos, etc., lo que implica a su vez una estrecha relación con el aspecto más material e inmediato de la naturaleza.

La comunicación entre los espíritus humanos se realiza siempre a través del cuerpo y de la naturaleza, en el marco de una determinada cultura que está como objetivada en las cosas que hacen posible la vida diaria, y que tienden a cambiar y variar con el tiempo. El lenguaje, por ejemplo, no solo requiere de la capacidad morfológica de emitir articuladamente una gran gama de sonidos, sino de un marco cultural, un mundo de cosas-símbolos que rodean a cada hombre desde su nacimiento.

La multitud de culturas tiene la misma raíz, la libertad del espíritu, que permite ordenar los intereses más fundamentales de la existencia humana de muchas maneras. Cada una de ellas es resultado de una síntesis en el tiempo, de lo aportado por la de vida de los hombres –para bien o para mal– en el seno de los grupos en los que han estado integrados.

De modo más concreto, podemos ahora decir que cada cultura se define como el conjunto de rasgos espirituales y materiales, internos y externos, que

Universidad Pontificia de Salamanca

caracterizan los modos de vida de un determinado grupo humano, sea una familia, una tribu, una ciudad, una nación, etc., en un determinado momento de la historia[10]. En ese conjunto se incluyen creencias, tradiciones, modos de adorar, de comer, de vestir, de trabajar, etc.

El hombre es una unidad sustancial de espíritu y corporalidad, y aunque el espíritu ciertamente está por encima de la naturaleza, necesita de ella para desenvolver y manifestar su capacidad, a través de la mediación de su cuerpo con el que está estrechamente unido. El cuerpo humano no tiene los rígidos automatismos biológicos que dan la "vida resuelta" a los otros animales; más aún, en su relación con la naturaleza sería biológicamente inviable sin la guía del espíritu. A la inversa, y como una prueba más de la íntima y fuerte unidad entre espíritu y cuerpo, el espíritu humano sin la mediación del cuerpo, aunque no dejaría de tener sus potencialidades, se encontraría en una especie de vacío, no podría leer la rica sabiduría inserta en la naturaleza.

Dentro de ese proceso histórico en marcha que es la cultura, conviene distinguir el proceso de hominización del proceso de humanización. El primero se refiere a la dinámica interna de la naturaleza que de modo evolutivo dio lugar a las condiciones oportunas para que pudiera surgir el hombre, el animal capaz de recibir el espíritu. El segundo hace referencia a cómo éste, una vez aparecido, va llevando a cabo, mediante su trabajo, una progresiva potenciación o liberación de la naturaleza y de la humanidad misma. Desde este enfoque histórico dinámico, el hombre no puede ser reducido a su esencia –considerada en abstracto– sino que está impulsado por un dinamismo interno que le permite avanzar hacia su fin propio, tanto en el plano personal como en el de toda la humanidad.

El hombre no tiene, por tanto, un fin meramente natural, como es el caso de los otros animales, a los que les basta con los recursos biológicos que reciben al nacer para alcanzarlo. En efecto, el animal nace suficientemente dotado para la realización casi completa de sus capacidades de alcanzar de modo fácil la plenitud de ser, su fin natural –que coincide con el de su especie– de modo necesario y casi inmediato[11]. Cada especie animal es viable en su hábitat natural, un entorno ecológico muy específico, el adecuado a su especialización instintiva, a la dotación biológica que recibe con el nacimiento. Aunque algunos animales además de las habilidades innatas, aprenden otras por mímesis de forma gregaria, esas habilidades son en cualquier caso más propias de la especie que de los individuos en sí, que se limitan a seguir un mismo patrón.

10 GEERTZ, Cliford, *The interpretation of Cultures*. New York: Basic Books, 1973.

11 MACINTYRE, Alasdair, *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos virtudes*. Barcelona: Paidós, 1999.

Universidad Pontificia de Salamanca

El hombre, por el contrario, nace con una muy escasa dotación instintiva, por lo que desde el punto de vista biológico se encuentra en una situación originaria de mayor indigencia, lo cual es prueba de que no tiene un fin natural otorgado en el mismo acto de nacer. Estas carencias biológicas, y la indefinición de su modo de vida, son síntomas patentes de que el hombre es un ser *práxico*, alguien que necesita vivir en una cultura[12]. Dotado de espíritu –que está por encima de la naturaleza– goza de una apertura ilimitada al ser, lo cual se manifiesta en una amplia gama de auto-posibilidades de llevar a cabo su vida sobre la tierra, así como con una capacidad ilimitada de conocer, que crece y se desarrolla en una familia, donde recibe una cultura, espíritu objetivado, fruto de las creencias, pensamiento, y trabajo de muchas generaciones que le han precedido en la vida.

La variedad de culturas y los modos concretos de vida dentro de cada una de ellas muestran que el hombre no tiene fin natural, sino que, apoyándose en su capacidad de conocer, y en su libertad, tiene que buscar el camino que le lleve a una vida en continuo crecimiento, que parece ser el modo humano de vivir. Este crecimiento, por su propia naturaleza, solo puede darse en el plano del espíritu, pero requiere del continuo apoyo del cuerpo y de la naturaleza. Asimismo, la estrecha dependencia entre las sucesivas generaciones de una misma cultura, sugiere que el fin del hombre está más allá de su propia vida, y está íntimamente unido al fin de toda la humanidad, por lo que no es fácil conocer en qué pueda consistir ese fin.

Sin la ayuda de la revelación divina –de la fe– no solo es muy difícil que el hombre pueda saber en qué consiste su fin, sino que además le es imposible alcanzarlo. Dicho con otras palabras, el hombre es arrojado al ser –ámbito de la necesidad– para que mediante su libertad alcance su fin o salvación, que, aunque individual, está ligado al de toda la humanidad. El fin del hombre está por tanto no solo más allá de la naturaleza, sino más allá de la historia, pero se da la paradoja de que, para descubrirlo –algo a lo que tiende continuamente su espíritu– tiene que, participar con su trabajo en la tarea diaria de humanizar la naturaleza, de desarrollar su propia cultura, al tiempo que él crece como persona.

La cultura es por tanto imprescindible para que cada hombre, por medio de sus relaciones con la naturaleza y con los otros hombres, puede afinar y desarrollar sus cualidades personales, viviendo de un modo cada vez más humano, tendiendo así, consciente o inconscientemente, hacia su fin propio. La cultura constituye el "hábitat humano" sin el cual no podría manifestarse, educarse, sacar a la luz sus potencialidades perfectivas, con las cuales contribuye –en mayor o menor medida– a la historia y al desarrollo de la humanidad y la naturaleza.

12 GEHLEN, Arnold, *Antropología filosófica. Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo*. Barcelona: Paidós, 1993.

Universidad Pontificia de Salamanca

La cultura es el medio en el que vive una persona, pero no son la misma cosa, cada una de ellas la asume de modo singular, constituyendo un estado temporal de su modo de ser, de los distintos de los que puede adoptar a lo largo de su vida. En cualquier caso, gracias a su libertad ninguna persona se identifica con alguno de los estados temporales que puede adoptar a lo largo de su vida. Desde el punto de vista de la revelación, en cuanto imagen de Dios, el hombre trasciende su cultura, "*in status viatoris*" transita por la historia dando y recibiendo, creando o destruyendo, perfeccionándose o estropeándose. Pero, por otra parte, es en el seno de una cultura donde el hombre se juega su destino.

El origen de las culturas no reside en la naturaleza –que, desde este punto de vista, es pasiva– sino en el acto de conocer y querer –propio del espíritu humano– donde se manifiesta su libertad. Solo el espíritu puede "ver" piedras, árboles, animales, etc., e incluso lo que de algún modo no está en la naturaleza (como madera, fuego, combustible, piel, carne, fuerza, movimiento, espacio, tiempo, etc.). Es pues la teoría –"visión" de lo que tiene delante y le rodea– lo que le permite interpretar y transformar la naturaleza, dando lugar a las distintas culturas; aunque la teoría se inicia con el trabajo.

2. RELIGIÓN, CULTURA Y LEY

La raíz de toda cultura, como reconocen la mayoría de los antropólogos, es el fenómeno religioso[13], en el modo en que el hombre percibe y entiende a Dios y el sentido de lo sagrado[14]. El fenómeno religioso tiene su origen en el hecho empírico de la muerte, que viene a ser como el desencadenante de todas las culturas. La certeza de la muerte, el contraste con la inmortalidad de la naturaleza, junto con la confusa conciencia de que la vida del hombre no acaba, y que se continua en la de sus descendientes[15], es un hecho que está en el origen de todas las culturas. En todas ellas está el deseo de una vida larga, colmada de riquezas, continuada en la visión de los hijos y nietos, lo cual quiere decir, alejar lo máximo posible la inevitable llegada de la muerte. Pero también, de forma mítica está el culto a los muertos –y el devenir alimentado por algún mito– que de algún modo permanecen vivos mientras se les preste atención y servicios.

13 RIEFF, *Charisma…*; STEINER, *Taboo…*

14 PIEPER, *Sobre los mitos platónicos…*

15 La palabra humano viene de la voz latina *humus*, que significa tierra, y hace referencia a la tumba, al enterramiento. El culto a los muertos, darles sepultura, es un elemento clave de humanidad.

Universidad Pontificia de Salamanca

En todas las culturas está presente –de un modo u otro– la idea de que la muerte no supone algo absoluto, que la existencia continúa. Para dar fuerza a esta confusa idea de inmortalidad humana se introdujo el mito de que esa existencia se hace posible, se prolonga, no se desvanece, mientras se mantengan los ritos de asistencia a los muertos, algo que es patente sobre todo en la antigua cultura egipcia. El culto a los antepasados y la fe en la supervivencia de los muertos constituye un rasgo común a todas las culturas, y está en el origen de las religiones, lazo de unión no solo entre los vivos y los muertos, sino también entre los vivos.

Con el paso del tiempo, en muchas culturas desaparecería este culto a los muertos, cuando se llegó a la conciencia de que la muerte era una realidad para cada uno; en otras palabras, mientras que la vida significa relación y comunidad, la muerte es ausencia de toda relación, aislamiento (y por lo tanto, "no vida"). Cuando el mito de la fuerza de la comunidad para mantener la vida en el más allá se debilitó, quedó solo la propia conveniencia, la necesidad de mantener la vida con las propias fuerzas, dando como resultado el debilitamiento de la comunidad, del vínculo religioso.

Otra dimensión donde se hace presente el fenómeno religioso es en el trabajo, en el encuentro diario con la naturaleza, donde el hombre toma conciencia de su dependencia de fuerzas o energías naturales que están más allá de sus posibilidades humanas. Eso explica que las religiones y culturas de los pueblos sedentarios sean telúricas, ya que la divinidad se asocia a propiedades de la naturaleza, como la fecundidad de la "madre tierra", una divinidad femenina a la que hay que invocar para que sea generosa y propicia. Por su parte, las religiones de los pueblos nómadas o de pastores trashumantes –llamadas celestes o mistéricas– resaltan ese fenómeno de dependencia a través de desconocidas fuerzas superiores, en donde la divinidad se percibe a través de los meteoros, como el rayo, algo imponente y terrible. Surge así un tipo de religión –y cultura– que establece una drástica separación entre lo sagrado y lo profano.

En cualquier caso, la percepción de lo divino, a través de lo natural, conlleva a una determinada idea de Dios –o de los dioses–, del mundo, del hombre y su destino. Estas ideas se fundan en un reconocimiento interior de la dependencia de todos y cada uno del beneplácito o la ira de la divinidad, y tienen una manifestación exterior o colectiva, mediante gestos, ritos, conductas, etc.[16]. Los elementos centrales de toda religión: la divinidad, la naturaleza y la humanidad se completan con el culto, donde se manifiesta de modo externo cómo cada grupo entiende la relación entre esos elementos. En cualquier caso, y en mayor o menor medida,

16 GUERRA, Manuel, *Historia de las Religiones.* Pamplona: EUNSA, 1980.

Universidad Pontificia de Salamanca

en todas las culturas, a partir de la idea de la divinidad, se sigue la idea del mundo que rodea al hombre y el sentido de su vida sobre la tierra.

En toda religión, la dependencia de los poderes divinos se manifiesta además en forma de interdicción[17], una norma que se atribuye a la voluntad de la divinidad, respetada por todos, que proporciona un sentido primordial del bien y el mal[18] –de lo que se puede y no se puede hacer– que constituye como el principio de toda cultura[19]. Un rasgo común de toda interdicción es que no tiene una justificación meramente utilitaria, sino que reconoce la superioridad del saber –y el querer– divino, al que los hombres deben someterse.

De manera paradójica la interdicción manifiesta la libertad humana, pues ésta no tendría sentido si el hombre no pudiera transgredirla[20]. El hombre no se guía por los meros impulsos de la naturaleza –como los animales– sino por lo que manda y establece la divinidad. En cualquier caso, la interdicción manifiesta la llamada que tiene cada hombre a la libertad, a crecer sin término. Incluso el hecho de transgredir la interdicción, manifiesta el deseo humano de ser como dioses, aunque por el camino equivocado, que lo lleva a la esclavitud, como se puede comprobar con lo sucedido a la figura mítica de Prometeo[21]. Podemos concluir que, en última instancia, la cultura surge de la intrínseca tendencia humana a la perfección personal, que es inseparable de la búsqueda de la unidad del género humano y de toda la naturaleza creada[22].

El hombre es por tanto un ser cultural por ser naturalmente religioso, por la orientación a lo absoluto que está inscrita en lo más profundo de su ser. Aunque reside en lo más interior del hombre, en su forma concreta lo religioso se recibe

17 En la Biblia aparece como la prohibición de no comer del árbol del bien y del mal (Gen.2.16).

18 Hoy día, debido al economicismo dominante, crecer solo se entiende en su dimensión externa o *poietica*, olvidando que, en su sentido cristiano, el crecimiento humano supone santidad, unirse a Dios en la persona de Cristo, del que en último término se sigue la libertad política y la mejora de las condiciones de vida.

19 Cuando se confunde la realidad con la verdad las posibilidades de cultura son mínimas. La ausencia de distinción es patente en los animales, que carecen de toda cultura. Solo los hombres que tienen interioridad, pueden tomar distancia de la realidad. Los animales, por el contrario, son simple exterioridad, se limitan a adaptarse a las condiciones del medio, no tienen posibilidad de habitar la realidad para dar lugar a su mundo.

20 La posibilidad de transgresión, negación de la interdicción, es manifestación de la libertad humana, que conlleva la trágica posibilidad de la autodestrucción. Imponer una interdicción a un ser no libre no tiene sentido, pues no tiene interioridad o apertura al bien, no puede ni crecer en el ser, ni autodestruirse.

21 Prometeo, el titán amigo de los hombres, que se propuso robar el fuego de los dioses para entregarlo a los hombres, es una metáfora de esta inclinación humana a dominar las fuerzas oscuras, de la naturaleza. Significativamente la palabra griega Prometeo se traduce en español por previsión,

22 Se podría decir, dentro del cristianismo que la plenitud de la perfección de cada hombre está asociada a la plenitud de la unidad de todos los hombres, algo que solo sucederá en el *éschatos*.

Universidad Pontificia de Salamanca

por tradición oral (*ex akhoes*, por el oído) en forma de mito[23], un relato acerca de lo divino propio de cada cultura. Por eso, en la raíz de toda cultura está la obediencia, la escucha atenta de los relatos misteriosos de lo religioso, donde se incluye el respeto a la interdicción[24].

La cultura surge de la separación entre lo divino y lo humano, entre lo sagrado y lo profano, separación que depende del modo de entender la interdicción[25]. Algunas culturas –las más primitivas– adoptan una postura teocrática o clerical[26], en la que todo es sagrado, sin dejar espacio para lo profano, el ámbito de la distinción personal y responsable entre el bien y el mal. Otras culturas adoptan una postura más bien secularizante, en la que todo es profano[27], aunque al rechazar la interdicción dejan sin orientación objetiva a la conducta humana.

En cualquier caso, las culturas son más elevadas, cuanto mayor es la conciencia de separación entre lo humano y lo divino, entre lo profano y lo sagrado, cuanto más hondo es el conocimiento de Dios, del hombre y del mundo. En otras palabras, cuanto más elevada sea la religión en la que se fundamenta. En el origen de toda cultura está la búsqueda de la perfección, que lleva tanto una actitud de éxodo –de salida del presente– como de adviento de lo inesperado –de un futuro desconocido– que de algún modo se hace presente, pues, en cuanto proceso, toda cultura implica un sentido, así como un esfuerzo común y constante por educar a cada generación de acuerdo con ese sentido[28].

Una cultura se fundamenta en que existe en las personas una tendencia a progresar, a ir más allá de lo conseguido; su dinámica reside, por tanto, en la ilimitada posibilidad de ser más que se encierra en cada persona humana. Pero a su vez, la continua actualización de esa posibilidad no es posible fuera de una cultura. En este sentido, se puede distinguir en el hombre entre una perfección primaría u ontológica, y una perfección secundaria o existencial, que a través de la cultura va actualizando a la primaria.

23 PIEPER, *Sobre los mitos platónicos*…

24 En latín obedecer está relacionado con *obaudio*, que significa escuchar o entender mejor.

25 El término secularidad, que viene de *saeculum*, significa precisamente lo temporal, lo que acontece en el presente, la generación presente, la época actual.

26 Esto es lo que suele ocurrir en los pueblos precristianos donde todo está sometido a lo religioso y lo político propiamente no existe.

27 Si todo es profano, no hay interdicción, todo puede ser transgredido. Eso explica que para algunos, como Max Weber, la cultura moderna, más bien anticultura, se funda en la transgresión y la desobediencia. En ese ambiente de baja cultura, la verdad no existe, en su lugar solo existe la "opinión pública", el progreso consiste en transgredir a la misma opinión pública, dejar sin sentido la obediencia, la escucha del carisma. De ese modo desaparece el sentido de culpa, esencial para la conversión y la santidad. En una sociedad donde no hay santidad ni pecado no hay posibilidad de verdadera cultura. Sobre este tema ver RIEFF, *Charisma*…

28 PIEPER, *Sobre los mitos platónicos*…

Universidad Pontificia de Salamanca

Un aspecto muy importante de las culturas es que permiten superar los límites temporales y espaciales en los que vive cada generación. Eso implica que existan culturas superiores e inferiores, según los aciertos o desaciertos, los adelantos o retrocesos a la hora de descubrir la verdad sobre Dios, el mundo y el hombre. A medida que la historia avanza, las culturas superiores se imponen a las inferiores, dando lugar a un proceso de creciente unificación de las culturas.

Aunque este rasgo de unificación cultural siempre ha existido, con la creciente aceleración de la historia se ha hecho cada vez más patente. A medida que se consigue un control creciente sobre los misterios y potencialidades de la naturaleza, las culturas tienden a unificarse, sobre todo en su aspecto objetivo, con el grave problema de crear un pensamiento único, o peor aún, dando lugar a un pensamiento frívolo o superficial.

Esa falsa tendencia a la unidad entre todos los hombres por medio de la técnica ya estaba presente en la Biblia, en el relato de la construcción de la "torre de Babel", donde se pone de manifiesto que no todo intento de unidad de los pueblos es el adecuado, especialmente si se plantea como rebelión contra Dios, solo contando con en el poder humano. En el relato de la construcción de esa torre se hace explícita referencia al uso de la técnica, simbolizada por los ladrillos y la brea. El resultado fue contrario al que se pretendía: la confusión de las lenguas, o lo que es lo mismo, la fragmentación e incomunicación entre los hombres, pues implícitamente se está negando la existencia de una verdad absoluta, que es el único fundamento posible de la comunidad universal[29]. El recurso exclusivo a la técnica lleva a la ofuscación de la razón, a una mayor dispersión y aislamiento de los hombres, a pesar de su aparente uniformidad exterior.

Sin el respeto a la verdad –que está más allá de la técnica– se hace imposible la creciente unidad-diversidad de las culturas que sería lo propio de una verdadera comunidad universal. Así, la unidad del género humano solo puede lograrse mediante el desarrollo de una cultura superior surgida del reconocimiento de la verdad. Esa cultura superior no lleva a una unidad homogénea, sino que respeta y potencia la originalidad propia de cada pueblo y cada hombre. Toda cultura que se cierre a Dios se degrada y se convierte en un obstáculo para la libertad humana, haciendo cada vez más dramática las antinomias de los esfuerzos humanos por lograr la libertad de modo individualista.

Esta idea de la tendencia de todos los pueblos a la unidad también está presente, de un modo u otro, en todas las religiones y filosofías políticas. Aunque

29 En la Biblia (Gen. 11) se relata la historia de Babel, un intento humano de construir, gracias a la técnica, una ciudad que fuese lo más poderosa posible, que "llegase hasta el cielo". A lo largo de todo el Génesis se deja ver que la unidad del mundo y de la humanidad era algo muy arraigado en la fe bíblica, unida a la confesión de un solo Dios, y un único antepasado: Adán.

Universidad Pontificia de Salamanca

la mayoría de las religiones fundamentan dicha unidad de modo retrospectivo, remontándose a una común ascendencia, a una figura como la de Adán[30]; comparten una cierta intuición de que esa unidad tiene que ver con la existencia de un solo Dios, un ser misterioso que está por encima de todos los dioses y de todos los hombres. Esto resulta patente en las mitologías y teogonías de los antiguos pueblos politeístas, en los que los dioses no son considerados como el último y supremo poder, sino unos poderes parciales, relativos, y subordinados al gran misterio de un Dios supremo y desconocido.

En cualquier caso, es un hecho que la tendencia a la unidad del género humano, tanto en el buen como en el mal sentido, se va haciendo patente en el avanzar de la historia. En el último siglo, los nuevos medios de comunicación y producción han ido creado un mundo en el que las distintas culturas, al menos en su aspecto externo, de alguna manera se han ido diluyendo, apareciendo modos de comportarse que empiezan a ser casi universales.

Conviene por tanto distinguir entre la unidad del mundo exterior, una especie de artefacto externo que el hombre va construyendo con su progresivo conocimiento de la ciencia y la técnica; y la unidad que se va alcanzando en la comunión de la verdad, y que tiene una manifestación principalmente escatológica. Podría decirse que, desde dentro de su cultura, cada hombre, libremente, contribuye o se opone al plan de Dios –lo que los teólogos llaman la economía divina– el hogar que Dios desea para el hombre.

3. CULTURAS Y ECONOMÍAS

La economía es un saber práctico o prudencial relacionado con la administración o gestión de la dimensión externa o material del hogar de una familia. Por lo tanto, no puede ser una mera cuestión pragmática o utilitaria, sino que es parte del gobierno de las familias, es decir, se realiza desde dentro de una cultura. La economía busca el modo de resolver las necesidades que tiene una familia con el objetivo de lograr una vida lo más dichosa posible, pero esta última idea solo tiene sentido en el marco de la cultura de una familia, lo que supone una visión de Dios, del hombre y del mundo, sin la cual no se pueden establecer cuáles son las verdaderas necesidades, ni el modo en que han de ser satisfechas.

30 En el cristianismo la unidad de los pueblos se realiza en presente, en la persona de Cristo, segundo Adán, perfecto hombre y perfecto Dios, que, mediante su Redención, su muerte y resurrección, ha unido a todos los pueblos bajo un mismo pastor. Unión efectiva realizada escatológicamente, mediante la perfección y santidad de cada uno de los cristianos, aunque su plenitud solo será manifiesta al final de los tiempos.

Universidad Pontificia de Salamanca

Sin cultura no es posible una economía, ya que no existen formas universales y abstractas de familias, pero tampoco de necesidades, deseos, o técnicas. Lo propio de una cultura es establecer de modo histórico qué es una familia, cuáles son sus necesidades y deseos, así como las técnicas que se utilizan para llevar adelante la producción y distribución de bienes. Con ese fin la economía tiene que regular de modo más o menos directo un conjunto de técnicas –como, por ejemplo, la agricultura, la ganadería, la carpintería, etc.– que son importantes para la producción de los bienes que la familia necesita, y que también influyen en el modo de trabajar y de realizar la distribución y el consumo. El objetivo principal de la economía no es la producción, sino el consumo de una familia.

En las culturas del mundo antiguo la economía estaba concentrada en la familia, donde de forma casi autosuficiente se llevaba a cabo la producción de casi todos los bienes que se necesitaban. En la cultura de nuestros días, donde pesa cada vez más la dimensión externa y objetivada, la mayor parte de producción se lleva a cabo fuera de las familias, en las empresas. No obstante, sigue siendo el consumo de las familias el determinante de la producción y la distribución de bienes. Aunque no deja de ser cierto que la presión financiera sobre las empresas –y de éstas sobre las familias– condiciona cada vez más las preferencias y deseos de las familias.

En cualquier caso, conviene no olvidar que la fuente del problema económico es el consumo de las familias. Tradicionalmente ha sido la madre – administradora natural del hogar– la que continuamente ordena los fines a largo plazo, con los imprevistos y los fines a corto plazo, con vistas a un nivel de consumo compatible con una vida lo más dichosa posible. Esta actitud –eminentemente cultural– es la esencia de la conducta económica, la que en último término proporciona criterio a las empresas para llevar a cabo la producción y la distribución de los bienes.

No tiene mucho sentido, ni ayuda a entender la economía, partir de una hipotética y abstracta "conducta económica", propia de un individuo abstracto, que "vive" en un "vacío cultural", sin familia, sin historia. ¿Cómo puede un hombre, fuera de una familia, cultura e historia, saber cuáles son sus intereses y necesidades? Bajo este supuesto, la economía solo tendría lugar al final de la historia, cuando ya no haya más decisiones que tomar, sino que siempre se tomará la misma, la propia de un individuo "racional" con "información perfecta".

Ese planteamiento abstracto y formalista de la economía –que ha predominado en el siglo XX– surgió en el siglo XIX con la pretensión de que la economía fuese una ciencia "moderna", es decir, que pueda ser expresada mediante un conjunto de ecuaciones al estilo de la física-matemática[31]. En ese marco el individuo

31 Por su propia naturaleza no sirve para mucho plantear la economía como se hizo con la física en siglo XVII, lo que permitió obtener leyes generales que se cumplen siempre y en todo lugar.

Universidad Pontificia de Salamanca

consumidor no es más que un maximizador de satisfacciones, necesariamente cuantitativas, alguien que carece de existencia real, que no duda, ni interpreta, o se equivoca, sino que se comporta como un mecanismo pasivo de reacción a estímulos externos, un automatismo que siempre elige la cantidad de bienes que le reportan la máxima utilidad, entendida esta última como una cantidad objetiva y medible. El grave inconveniente de este enfoque es que presupone una sola cultura –la "racional", la máxima que puede alcanzar la humanidad– de modo que el único progreso posible es el cuantitativo; en otras palabras, que ya no es necesario tener presente las distintas culturas de los distintos grupos humanos.

En cuanto ligada a conductas de familias –a sus culturas– es más propio hablar de economías en plural, aunque haya una gran similitud entre las conductas de todas ellas, pues lo más importante no es la semejanza exterior, sino la libertad de cada una de ellas para decidir cómo llevar adelante su propia economía. Las economías son parte muy importante del gobierno de las familias, así como de la educación de los hijos, ya que no solo se les enseña el valor de las cosas, la utilidad que tienen para todas las familias, sino cómo consumir, que es un modo de relación con las otras familias, y con los procesos naturales.

La economía es propia de la familia, y se plantean muchos problemas cuando se pretende hablar de la economía de la ciudad, o de la sociedad en general. En principio, las economías están reguladas por el marco cultural en el que viven las familias. Problemas como la formación de mercados y precios, el control del dinero, así como la constitución de empresas, no son problemas del Estado, sino políticos, en su sentido clásico, como relaciones libres entre familias que se constituyen en el marco del derecho propio de cada comunidad política. Sin embargo, desde su aparición en el siglo XVII estas cuestiones han pasado a ser una decisión del Estado, que se ha constituido en representante de las familias y sus culturas.

La ciudad es por tanto el marco político en el que pueden desenvolverse una diversidad de hogares, con sus respectivas culturas y economías. Podemos decir que en ese marco las distintas economías se gobiernan según derecho. Es muy revelador que, si bien hasta el siglo XVII se hablaba de formación de precios justos, de acuerdo con el derecho que regulaba la libertad de intercambio de las economías de las familias; de allí en adelante comenzó a hablarse de precio natural, en el sentido de un proceso objetivo y políticamente neutral, que es la esencia misma del fundamento del Estado moderno.

Un rasgo muy importante de todas las economías, es que todas ellas están orientadas al ahorro, a un consumo responsable, tratando de sacar el máximo

Sobre este tema se puede ver MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, Miguel Alfonso, "Cuando las matemáticas suplantan a la economía", *Cuadernos Empresa y Humanismo*, nº 125, 2014.

Universidad Pontificia de Salamanca

partido a los medios de los que disponga. Esto lleva a que la producción, ya sea en la familia –como sucedía en el mundo antiguo– o en la empresa –como sucede ahora– tiende a una continua mejora de las técnicas empleadas, con el fin de abaratar los precios o mejorar la calidad de los productos. Este continuo impulso de la economía sobre las técnicas, hace que los que llevan adelante el trabajo busquen el modo de realizarlo del mejor modo posible, de cara a satisfacer mejor el consumo de las familias. Se va generando así una continua tendencia de mejora, ya sea en las técnicas empleadas, o en el diseño de nuevos instrumentos de producción, productos, procesos, materiales, etc.

Queremos subrayar la idea de que esas mejoras se producen a largo plazo, en muchos casos después de varias generaciones en las que la producción fue siempre la misma. En cualquier caso, el desarrollo de la técnica a través de estas mejoras se hace posible gracias a una dimensión externa de todas las culturas, que vamos a dominar "trabajo objetivado", y que se transmite entre generaciones. En el trabajo –interacción del hombre con la naturaleza en el marco de una familia o una empresa– se generan descubrimientos, mejoras en el modo de hacer, consecuencia de la libertad humana, que solo son posible con el respaldo de un "trabajo objetivado".

El "trabajo objetivado" no es más que el conjunto de instrumentos, modos de hacer, modos de organizar, etc., que constituyen algo así como una especie de "memoria tecnológica" compartida culturalmente, resultado del trabajo subjetivo de todas las generaciones precedentes. Cuando el hombre aprende a manejar un instrumento, esa habilidad no queda solo en la asimilación psicológica de cada uno –como puede suceder en el caso de un animal amaestrado– sino que es objetivado de modo transpsíquico en la cultura, constituyendo a un nuevo y mejor punto de vista, desde el cual, en lo sucesivo, se hace más fácil llegar a descubrimientos mejores. Muchas veces esas mejoras puedan parecer resultado de la casualidad o de la genialidad de un determinado hombre, pero no serían posible si no existiese ese "trabajo objetivado" que está en el fondo de toda cultura[32].

Solo el hombre es capaz de transmitir una herencia cultural, en la que una vez objetivados, se van incorporando los conocimientos que cada generación va adquiriendo sobre el modo de utilizar y mejorar los instrumentos heredados de las generaciones anteriores. Hay animales que tienen la capacidad natural, no solo de utilizar instrumentos, sino también de "producirlos", pero todos los ejemplares de

32 La historia del famoso náufrago Robinson Crusoe, puede servirnos para aclarar este concepto. A menudo, los economistas neoclásicos recurren a ese personaje de novela para explicar cómo es posible la decisión racional de un individuo aislado, pero dejan de lado el hecho importante de que Robinson era un oficial de la marina británica, y que tenía por tanto una cultura, una lengua, un manejo de herramientas, un saber hacer, que el autor de la novela no trata de ocultar.

Universidad Pontificia de Salamanca

la misma especie, a lo largo del tiempo, se limitan a repetir, con pequeñas variantes, los mismos gestos, pues los animales solo transmiten la herencia biológica. En este sentido el hombre no trabaja nunca solo, aunque en apariencia pueda parecer lo contrario –como en el caso de Crusoe– pues todo trabajo subjetivo solo es posible en el seno de unas familias, en unas culturas, de las que se recibe la herencia de las generaciones anteriores. Solo así fue posible el descubrimiento de instrumentos tan importantes para la humanidad, como la rueda, el arado, la piedra del molino, la yunta para los bueyes, la electricidad, el teléfono, etc., que se apoyan los unos en los otros.

El hombre no crea, no saca sus productos de la nada, sino en la medida que explora y revela la riqueza de la naturaleza, generación tras generación. Los avances técnicos no salen acabados de la cabeza de cada hombre sino que los va descubriendo esa especie de sujeto trascendente, que es la humanidad entera. En otras palabras, el trabajo humano no es posible sin esa mediación de la cultura con la naturaleza; luego, según sean las culturas, habrá un modo u otro de entender la naturaleza y el trabajo. Esto ayuda a explicar por qué la ciencia y la tecnología surgieron del enfoque cristiano del trabajo y de la naturaleza, que estaba en la raíz de las culturas europeas, y no surgió, por ejemplo, en el seno del Islam, ni en la India, ni en China[33]. El cristianismo introdujo en las culturas europeas una visión no mítica de la naturaleza, sino como criatura de Dios, que, de algún modo, participa de la sabiduría de Dios. El trabajo por tanto descubre esa sabiduría escondida.

Como hemos dicho, la tendencia a mejorar las técnicas y los modos de hacer, impulsada por la actitud económica de las familias, genera una dinámica de mejora de las técnicas presente en todas las culturas, aunque en unos casos se potencie y en otros se frene. En el caso de las culturas cristianas de Europa se fomentaron esas innovaciones, que, una vez objetivadas, se han trasmitido tanto verticalmente entre las sucesivas generaciones, como horizontalmente por relación con las distintas culturas con las que a lo largo de la historia ha ido tomando contacto[34].

Con el paso del tiempo, la continua acumulación de trabajo objetivado va creando una masa creciente de conocimientos y habilidades que aumenta la inercia de ese movimiento, de modo que se va acelerando, algo que se ha podido comprobar, de modo muy llamativo, en el crecimiento de las ciencias y las técnicas en Europa a lo largo del pasado siglo XX. La aparición de nuevas posibilidades de producción afecta a los modos de consumo de las familias, a los modos de organizar y entender la propiedad y el trabajo, a la cultura, y finalmente a la moral

33 HUFF, Toby, *The Rise of Early Modern Science. Islam, China, and the West*. Cambridge UK: Cambridge University Pres, 2017.

34 La pólvora descubierta en China en el siglo IX dC, llega a Europa a través de Bizancio en el 1200, y se emplea en España para disparar cañones en 1262, en sitio de Niebla (Huelva).

Universidad Pontificia de Salamanca

o valores que están en el fundamento de cada cultura. Hay por tanto un ciclo de retroalimentación entre culturas, economías, y técnicas, que se manifiestan de modos muy distintos a lo largo de la historia.

Los cambios técnicos surgen del trabajo, de una acción cultural e histórica, en la que hombres concretos se van enfrentado con los procesos naturales, para obtener un determinado resultado útil. Por ejemplo, los hombres de todas las épocas se han tenido que enfrentar con el trabajo de cortar árboles. Es propio de la razón humana buscar el modo de hacerlo, pues no dispone de ningún instinto, ni está dotado de un miembro natural especializado para llevar a cabo esa tarea. Logrará hacerlo de una manera cada vez más eficiente mediante una continua circularidad entre la experiencia y la reflexión, en el seno de una cultura, que le permitirá conocer, cada vez mejor la naturaleza del bosque y aumentar su operatividad mediante el diseño de instrumentos *ad hoc*. Esos descubrimientos dependen de algo tan imprevisible como el hecho de que el hombre adecuado, con conocimientos y experiencia, se encuentre frente al proceso natural adecuado y que sepa leer lo que otros no verían en las mismas circunstancias. Además, unos hombres pueden ver una cosa, pero no otras, de modo que no siempre se puede asegurar que ese hombre haya abierto el mejor de los caminos futuros.

No es fácil, por tanto, predecir cuándo va a tener lugar a una innovación, ni en que va a consistir, ni los efectos buenos y malos que, sobre todo a largo plazo, para las distintas culturas. Hay que añadir que, en no pocos casos, esos descubrimientos se llevan a cabo por casualidad, sin ánimo utilitario directo por parte del sujeto, que ignora para que puede servir, aunque luego puedan tener un impacto práctico mucho mayor que los descubrimientos que se logran por razón de un interés y utilidad inmediatos. En el devenir de los procesos económicos, a largo plazo se mezclan, de modo inseparable efectos buenos y malos, imposibles de programar y separar.

Cuando la economía se hizo autónoma de la política, de las culturas y de las familias, el desarrollo de las técnicas adquirió una complejidad creciente. Desde la Ilustración, y de modo especial, a partir de la visión kantiana del método científico, se ha ido extendiendo la idea de que el desarrollo de la ciencia y la técnica siguen un camino único y lineal, en otras palabras, que la naturaleza era una totalidad sistémica que podía ser encerrada en un conjunto coherente de fórmulas matemáticas. Lo cierto es que, a medida que avanza la técnica, la relación entre los efectos buenos y malos se hace más cada vez compleja y más difícil de solucionar, razón por la cual no se puede resolver técnicamente. Mientras aumenta el espíritu objetivado menor se hace la capacidad subjetiva de entenderlo.

Universidad Pontificia de Salamanca

4. CONCLUSIÓN: HACIA UN NUEVO ENFOQUE DEL PROBLEMA ECONÓMICO

A lo largo de este trabajo hemos resaltado la necesidad y oportunidad de un nuevo y más profundo enfoque antropológico que permita entender y plantear mejor la cultura y el llamado problema económico. Hasta tiempos recientes el problema económico se enfocaba, en la mayoría de los casos, desde una perspectiva racionalista y matemática, como un problema de cálculo de máximos y mínimos, situado fuera de la historia, sin considerar la multiplicidad de las culturas, ni sus cambios. La "solución teórica" del problema económico es sencillamente falsa, pues deja de lado el trabajo, la innovación, el progreso y la historia. Más que teórica, la economía es necesariamente materialista, práctica, no se puede separar del trabajo, de ese "diálogo" del hombre con la naturaleza –en el que intervienen el cuerpo, las manos, la tierra, el sudor, el éxito y el fracaso, la vida y la muerte–, en el que se conoce a sí mismo, al tiempo que descubre el maravilloso don de la naturaleza.

Es necesaria una nueva visión que permita entender cómo, en el seno de la historia, a través del trabajo de las sucesivas generaciones, se puede construir una casa común, en la que cada uno, libremente, pueda hacer el bien, ayudar a que los que le rodean puedan vivir con arreglo a la libertad que les corresponde. A pesar de vivir en el torbellino de la economía el hombre es libre y puede crear ámbitos de vida humana, sabiendo que la historia y la economía no conducen a una solución final. Este nuevo modo de enfocar la economía mantiene la idea de progreso, pero de un modo más amplio y menos dogmático; se trata de impulsar una continua mejora y diversidad de las culturas, con vistas a lograr una mayor libertad para todos. Hasta ahora, la economía se ha entendido como gobernada por un supuesto avance imparable de la ciencia y de la técnica, lo que para Hegel y Marx supone una "neutralidad" metafísica, es decir, una acumulación del "saber hacer" experimental, que es igual para todas las culturas. No se puede negar que el crecimiento de la dimensión externa del progreso supone la mejora de las condiciones de vida de toda la humanidad, pero la ingenua convicción que existía al comienzo de la Ilustración del siglo XVIII, de que la mejora moral de la humanidad era el resultado inevitable del avance siempre incesante de la ciencia y la técnica, se ha disuelto.

Una economía funciona mejor en la medida que lleva a un *ethos*, a una forma de vida, que se corresponde con una racionalidad más plena, en la que tienen entrada la incertidumbre, el error y el pecado, que se abre a la esperanza, el perdón y el amor. La presencia del don en la economía no supone un rechazo a la razón, sino más bien una ampliación, que la proyecta a su verdadero fin. El don no ignora la importancia de la técnica, de hecho, técnicas tan antiguas como la cocina y la danza están en la esencia de la fiesta, que es expresión del amor. El trabajo puede

Universidad Pontificia de Salamanca

ser una fiesta si manifiesta el amor, si se realiza por amor, por lo que es necesario que la técnica esté regulada por el amor que es la superación de la prudencia.

En su trabajo el hombre reconoce el don de su vida, de sus facultades, de su modo de darse a los demás. En cuanto aceptación de un don, trabajar supone compartir y colaborar, una apertura al otro que manifiesta su condición de dar, la cual reside en su condición de persona –de apertura al don[35]– y que constituye la esencia del trabajo. Todo trabajo es parte de una tarea colectiva inacabada, trabajar con esperanza es abrirse a los demás, a las otras personas, apuntar más allá de las cosas y del dinero. Por el contrario, sin esperanza –sin apertura al don– el trabajo carece de sentido, es alienación, vaciamiento y brutalidad, experiencia de la escasez. Solo la entrega, la apertura da lugar a la abundancia; solo recoge el que siembra, el que se entrega. Con el dar –lo propio de la persona– aparece algo que hasta entonces no existía en el mundo, y que le permite al hombre situarse más allá de la naturaleza y del mundo. En otras palabras, el hombre trabaja porque su destino es un don; lo propio del trabajo no es solo hacer bienes sino hacer el bien, dar acogida al don en el que se va realizando el desvelamiento de su misterioso destino, en unidad con los otros hombres, que participan del mismo don. En definitiva, hay economía si se ama la vida, si se piensa que hay un modo mejor de vivir, de llegar a ser, de encontrar –con los otros– las fuentes del propio origen, pues "la verdad originaria del amor de Dios, que se nos ha dado gratuitamente, es lo que abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un «desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres»"[36].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BENEDICTO XVI, Carta Encíclica «Caritas in Veritate». Sobre el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad. Madrid: Palabra, 2009.

CAILLÉ, Alain, *Anthropologie du don. Le tiers paradigme*. Paris: Desclée de Brouwer, 2000.

GEERTZ, Cliford, *The interpretation of Cultures*. New York: Basic Books, 1973.

GEHLEN, Arnold, *Antropología filosófica. Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo*. Barcelona: Paidós, 1993.

GODBOUT, Jacques, *Le don, le dette, l 'identité: Homo donatorversus homo economicus*. París: La Découverte, 2000.

GODELIER, Maurice, *El enigma del don*. Barcelona: Paidós, 1998.

35 POLO, Leonardo, "Tener y dar", en *Sobre la existencia cristiana*. Pamplona: EUNSA, 1996, pp. 103-136.

36 BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, 2009, n. 8.

Universidad Pontificia de Salamanca

GUERRA, Manuel, *Historia de las Religiones.* Pamplona: EUNSA, 1980.

HÉNAFF, Marcel, *The Price of Truth: Gift, Money and Philosophy.* Stanford: Stanford University Press, 2010.

HITTINGER, Russell, "Social pluralism and Subsidiarity in Catholic Social Doctrine", en *Annales theologici* 16: 385-408, 2002.

HUFF, Toby, *The Rise of Early Modern Science. Islam, China, and the West*. Cambridge UK: Cambridge University Pres, 2017.

JAEGER, Werner, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

MACINTYRE, Alasdair, *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos virtudes*. Barcelona: Paidós, 1999.

—, *Ética en los conflictos de la modernidad*. Madrid: Rialp, 2017.

MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, Miguel Alfonso, "Cuando las matemáticas suplantan a la economía", *Cuadernos Empresa y Humanismo*, nº 125, 2014.

—, *Repensar el trabajo*, Madrid: EIUNSA, 2005.

—, "Don y desarrollo, bases de la economía", *Scripta Theologica*, vol. 42, pp. 121 a 138, 2010.

MAUSS, Marcel, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Ed. Katz, 2009.

PIEPER, Josef, *Sobre los mitos platónicos*. Barcelona: Herder, 1984.

POLO, Leonardo, "Tener y dar", en *Sobre la existencia cristiana*, pp. 103-136, Pamplona: EUNSA, 1996.

RIEFF, Philip, *Charisma. The Gift of Grace and How it has Been Taken Away from Us*, New York: Pantheon Books, 2007.

RUBIO DE URQUÍA, Rafael y Pérez-Soba, Juan José, (eds.), *La doctrina social de la Iglesia. Estudios a la luz de la encíclica Caritas in veritate*, AEDOS, Madrid: Biblioteca de Autores cristianos, 2014.

SCALZO, Germán, "A genealogy of the Gift", en Jacob Dahl Rendtorff (Ed.) *Ethical Economy*, Vol. 51: *Perspectives on Philosophy of Management and Business Ethics*, Springer Nature, pp. 31-45, 2016.

SCHLAG, Martin & MELÉ Domènec (eds.), A Catholic Spirituality for Business: The Logic of Gift, Washington D.C.: Catholic University of America Press, 2019.

STEINER, Franz, *Taboo*, London: Cohen and West, 1956.

Universidad Pontificia de Salamanca